

DAVID BISBAL



DESDE
DENTRO

DAVID BISBAL

DESDE
DENTRO

ÍNDICE

1.	UN NIÑO QUE CANTABA A ESCONDIDAS	13
	Currantes, boxeadores y cantantes	16
	Carnaval, carnaval	20
	Una escoba por micrófono	23
	Veranos azules	28
	Mi ídolo, Induráin	31
	Repetidor y ligoncete	35
	Cantándole a las plantas	38
2.	EL SUEÑO DE MUCHAS NOCHES DE VERANO	43
	Un pasito «p'alante»	48
	Al ritmo de Expresiones	56
	Comer, dormir, cantar	61
	Alegrías y tristezas	68
	Cerca de los grandes	72
	Forja y escuela	78
	Con casa y con pareja	81
3.	CINCO MESES DE ACADEMIA	87
	De casting en casting	93
	Cansado y nervioso	98

	Las dudas y los calzoncillos	103
	Siempre el último	108
	Un susurro de esperanza	115
	De repente, la realidad	119
	Clases contra la timidez	123
	Preparado para la bisbalmanía	129
4.	LA DUREZA DE LOS SUEÑOS ALCANZADOS	135
	En Miami, como en casa	139
	Los secretos del hielo	142
	Miles de kilómetros	147
	Un rioja para el <i>Europe's Living a Celebration</i>	154
	Artista y comercial de ventas	160
	Con mi banda y mis canciones	167
	Orden, soledad, silencio... ..	171
	Y, de premio, las Maldivas	176
5.	EN AMÉRICA POR BULERÍAS	181
	Viaje a América	185
	El «monstruo» no me devoró	189
	En avión, tras la credibilidad	194
	Cosecha de oro y diamantes	200
	Una pasión continental	204
	El sonido de mis raíces	208
	Sentimientos en directo	213
	«One, two, three... ¡Camarón!»	219
6.	DUEÑO DE MI DESTINO	227
	La admiración y el amor, sin salir de Miami	231
	En inglés y en japonés	234
	Un cambio radical	238
	Sin melena por Sierra Leona	243
	Una agenda perfecta	248
	A rueda de Induráin y «Sin mirar atrás»	253
	Del concierto al ginecólogo	259

7.	PANORAMA DESDE LA MADUREZ	265
	Con los campeones del mundo	268
	Íntimo y desenchufado	271
	Hasta que el cuerpo aguante	277

1

UN NIÑO QUE CANTABA A ESCONDIDAS

La música nos envolvía, hacía vibrar la casa, a sus miembros, mis hermanos, mis padres. Siempre el tocadiscos encendido, siempre alguien entonando o susurrando una melodía, como si fuera un lenguaje secreto, cifrado, con el que solo nos podíamos comunicar en la familia. Es así como recuerdo, por ejemplo, a mi hermano Jose Mari, recién levantado, los ojos aún a medio abrir y el dedo ya dispuesto a colocarse en el botón de encendido del equipo musical. La rutina diaria para ir al instituto era impensable sin la banda sonora de cada mañana. Aunque fuera temprano, aunque los demás siguieran durmiendo, nada nos importaba: la música comenzaba a sonar.

Mis recuerdos van indisolublemente unidos a la figura de Jose Mari, mi hermano mayor —once años mayor—, con el que compartía apreturas en la misma habitación, un cuarto pequeño, casi una caja de música, que luego fue solo para mí. Y con el rostro amable de mi hermana María del Mar, también ocho años mayor, que dormía en la sala donde mi madre, que era modista, cosía durante las prolongadas horas del día.

Fue aquel equipo de música que le habían regalado a mi hermano el que revolucionó nuestras vidas. Se había instalado de pleno derecho en nuestro cuarto y sonaba todo el santísimo día, como si quisiera demostrar, a cada compás, que había tomado posesión de la casa. Extrañamente, nadie se quejaba. Solo se silenciaba al acostarnos, pero rápidamente, en ese impulso mecánico que se produce en los despertares, lo volvíamos a encender cada mañana. La música era, pues, mi arrullo y mi despertador, un relax y un excitante, el descanso del guerrero y la vitamina matinal. La nana y el toque de diana.

Las cosas eran muy diferentes entonces, en esa casa donde todo se compartía no usábamos auriculares, ni conocíamos siglas como las del CD y el MP3, que hoy utilizamos con soltura, pero que entonces parecían extraños adelantos futuristas. Quiero decir que era imposible aislarse. En mi casa se escuchaba lo que había, lo que elegía mi hermano, principalmente, que era de todo y muy variado, sin grandes filtros ni gustos rígidos. Sevillanas, pop internacional, canción melódica... Para ello teníamos un aliado: el walkman de Jose Mari, gracias al cual podíamos escuchar las cintas que nos prestábamos unos a otros, repasando nuestra discografía preferida.

Yo crecí con Michael Jackson y Tina Turner, pero también con Eros Ramazzotti, que nos encantaba, con las rumbas de Camela, Los Calis, Los Chichos, Los Chunguitos, El Junco y artistas latinos como Juan Luis Guerra... La casa de los Bisbal era una gran discoteca multidisciplinar donde cada disco tenía su sitio, su momento del día, su ocasión especial.

De hecho, a veces aprieto las sienes y viene a mi memoria una sintonía que podría reconocer desde el primer acorde: la de Los Chichos en su versión más moderna, ya sin Jero, «el de en medio», sonando en el coche de mi padre durante un viaje

larguísimo de Almería a Barcelona. Íbamos toda la familia a ver a mi tío Pascual, casi hacinados en un viejo Simca 1200 que se paraba a cada pocos kilómetros y que nos hizo interminable el camino.

Tendría cuatro o cinco años, y recuerdo pasear por aquella Barcelona de los ochenta, la del Tibidabo y ese zoológico impresionante para los ojos de un niño que tenía un habitante mágico: *Copito de Nieve*, el famoso gorila blanco. Y tengo también un recuerdo vago, impreciso, de un mercado precioso al que fui agarrado de la mano de mi madre, sería La Boquería, pero yo por aquel entonces solo pude retener en mis pupilas asombradas sus cristaleras multicolores y esa vida que bullía en el interior, como si nos hubiéramos adentrado en una ciudad cubierta, un pequeño pueblo dentro de la gran urbe. Y a la salida, veo a ese niño que aún era yo, con la capacidad de sorpresa intacta recorriendo un paseo muy grande, lleno de puestos de flores y de animales, que solo años después he sabido ponerle el nombre de Las Ramblas. Ese día mi tío me compró una moto de juguete y yo la hacía rodar por cada banco de aquel bulevar, siempre con las rumbitas de Los Chichos sonando en mi cabeza.

Creo que desde muy niño ya supe que la música iba a ser una parte consustancial de mi vida. Aquellas viejas cintas de casete de Camarón de la Isla que todavía conservo como un tesoro en unas cajas de cartón gastadas, o las de Sergio Dalma, que fue mi ídolo de adolescencia, me marcaron para siempre; al igual que más adelante me sucedería con las canciones de Alejandro Sanz. Toda esa mezcla de estilos que iban construyendo la banda sonora de mi casa fue la que, dulcemente, apenas sin darme cuenta, construyó mi conciencia musical, la base sobre lo que se pudo crear todo lo que vino después. Yo nací y crecí con la música.

CURRENTES, BOXEADORES Y CANTANTES

Mi madre, María Ferre, y mi padre, José Bisbal, nacieron en el centro histórico de Almería, en el barrio de San Cristóbal, a los pies de la alcazaba árabe. El entorno de esa Plaza Vieja donde ahora está el Ayuntamiento era entonces el sitio más flamenco de la ciudad. Una zona muy humilde, pero muy popular, repleta de vida.

Recuerdo que un primo de mi padre tenía allí una peluquería muy conocida, adonde me llevaban para cortarme el pelo, sentado en un sillón antiguo, muy alto, que me hacía sentir un hombrecito y aspirar a poder participar en las conversaciones de los adultos. Como sucedía antiguamente en todas las pequeñas poblaciones de Andalucía, la barbería era el lugar de reunión de los hombres, el foro de las tertulias para hablar de política, de toros y de deportes.

Las respectivas familias de mi padre y mi madre se conocían de toda la vida. Vivían a escasos metros unos de otros, y cada uno de ellos era miembro de una ristra numerosísima de hermanos.

Por parte de mi madre, los abuelos Ferre tuvieron seis hijos. Mi tío Paco fue *bailaor* de flamenco y acabó regentando su propia academia de baile. Mientras que Pepe trabajó en las embajadas de España en Guatemala y Nicaragua. Sin embargo, al que mejor se le dio fue a Pascual, el de Barcelona, que llegó a ser arquitecto y se puso al frente de varios negocios, un supermercado y un bar adonde mi hermano Jose Mari se trasladó a trabajar un verano. Mi tía Lola es funcionaria en el hospital Torrecárdenas de Almería, mientras que mi tía Rosamari trabaja como maestra en un colegio.

En casa de mi padre la vida se dejaba sentir en toda su dureza, y todos tuvieron que trabajar desde muy pequeños.

Apenas pudieron ir a la escuela y he llegado incluso a escuchar por boca de mi padre que han pasado hambre, pero eran unos luchadores natos que le plantaban cara a la miseria, que miraban de frente a la dificultad. Mi abuela Valera fue cocinera en el restaurante de un hotel, mientras que mi abuelo era funcionario en el Ayuntamiento. Pero ni el más sacrificado de los empleos —trabajar cuando los demás se divierten— le proporcionaba los suficientes ingresos como para sacar adelante a sus siete hijos por sí mismo.

Así que los hermanos tuvieron que hacer de todo. Alguna vez me contaron que, entre otras cosas, se dedicaban a recoger latas por las calles para venderlas, porque había quien las usaba para forrar baúles. Y ya después, los más valientes supieron desprenderse de sus raíces, armarse de valor y coraje y emigrar a Barcelona, como mucha otra gente en Almería, e incluso a Alemania y a Suiza.

Aparte de eso, todos los varones de la familia Bisbal desarrollaron una actividad que los distinguió siempre en la ciudad, que los hizo únicos y singulares: el boxeo... Imagino que heredaron la gran afición que siempre hubo en Almería por este deporte, a veces poco comprendido, pero tremendamente complejo y vocacional. Mi padre llegó a ser profesional durante dieciocho años y fue siete veces campeón de España en distintas categorías: mosca, ligero, gallo... La verdad es que no soy capaz de enumerar de corrido todos los títulos que tiene —y que andan repartidos por la casa— porque el boxeo me produce cierto rechazo. Probablemente, porque he visto cómo el *ring* le ha deteriorado más que lo hubiera hecho cualquier otra profesión.

En casa no se habla de boxeo, ni yo le vi nunca dentro de un cuadrilátero, pero la gente mayor me comenta que mi padre era muy bueno y muy técnico, un fino estilista que se

dice. No era muy pegador, pero sí un deportista ágil y con buenos movimientos en la lona. Le gustaba boxear con arte. En cambio, mi tío Dionisio, que fue Campeón de Europa, tenía un estilo más agresivo.

Cuando se retiró del boxeo, José, mi padre, entró a trabajar de carpintero en el Ayuntamiento de Almería, y por las tardes se dedicaba a hacer trabajos por su cuenta, encargos personales: estanterías, algún mueble, sillas... Iba de un lado para otro con su Lambretta y tenía como almacén la casa de mis abuelos, la misma donde se crió, que ya se había quedado vacía. Yo tenía ocho o nueve años la primera vez que entré en aquella casa, y me asombré de que en un espacio tan pequeño como aquel pudiera haber vivido tanta gente junta en otra época.

He escuchado decir a mi madre que, cuando se casaron, tuvieron muchos altibajos económicos pero que, con mucho trabajo, consiguieron levantar la cabeza y poder formar una familia. Cuando nacieron mis hermanos, a finales de los años sesenta, su situación llegó a ser incluso bastante buena. Los dos tenían unos ingresos más que razonables, mi padre aún como boxeador y mi madre cosiendo para una tienda. Se complementaban bastante bien y consiguieron crear una familia estable, sin más apuros que los normales, con holgura para la vida diaria, pero sin capacidad para excesos.

Aquel caluroso 5 de junio de 1979 en el que yo nací, inmersos todos los españoles en una crisis muy parecida a la que ahora vive el país, el matrimonio Bisbal incorporó, no solo un miembro más a la familia, sino nuevos problemas económicos de los que, con muchísimo esfuerzo y sin torcer nunca el gesto, supieron salir adelante. Mi madre continuó en el mundo de la moda y mi padre se aseguró el empleo en el Ayuntamiento. Así que recuerdo haber vivido bien siempre, soy el peque-

ño de la familia y eso suele ser un privilegio. En mi casa, la de una familia trabajadora de clase media, no sobraba una peseta, pero nunca faltó de nada. Desde luego que, afortunadamente, mi infancia no fue como la de mis padres. En una sola generación las cosas habían cambiado mucho en este país.

Al margen de los trabajos y de los deportes, lo que de verdad les gustaba a los Bisbal, mucho más que el boxeo, era la música. Desde jovencitos todos cantaban y tocaban algún instrumento. Eran buenos músicos, aunque no se atrevieran nunca a cruzar la frontera de aficionados. Vamos, que no se ganaban la vida con ello, aunque me imagino que sí que se sacarían algún sobresueldo tocando y cantando en alguna fiesta.

Almería, como casi toda Andalucía, es una tierra muy musical. Y muy flamenca, claro. Y a la familia de mi padre la música le apasiona. Por ejemplo, mi tío Miguel toca el acordeón y casi todos sus hijos son músicos. Uno de ellos incluso es miembro de la banda municipal. Y mi tío Juan era un apasionado de los carnavales de Almería, y casi siempre ganaba el concurso de murgas, o chirigotas como las llaman en Cádiz.

Nunca lo escuché, pero he oído decir que mi padre sabía cantar flamenco y copla..., y que lo hacía muy bien. Incluso fue el pionero de la familia y cultivó cierta ambición por profesionalizarse, hasta tal punto que llegó a formar parte de dos grupos musicales, uno que se llamaba Los Jilgueros —un trío en el que también actuaba su hermano Miguel—, y otro al que le pusieron el nombre de Los Canasteros, que se formó con vecinos aficionados del barrio de San Cristóbal. He visto sus fotos de cantante repartidas por mi casa, pero yo apenas si le he escuchado cantañear algo y nunca me llamó especialmente la atención.

Cuando he podido oírle, ya le costaba mucho hacerlo. Él mismo alega que el esfuerzo que le exigió el boxeo acabó afectándole a la garganta. Pero mi madre asegura que de joven tenía mucha calidad vocal. Es ella la que ha contado, en multitud de ocasiones, su anécdota más tierna de los tiempos en que eran novios. Una vez que se enfadaron, mi padre urdió un plan para pedirle perdón y se dirigió a la radio local para dedicarle una canción... ¡Cantada por él! Lo bordó, por supuesto, y como no podía ser de otro modo, hubo reconciliación.

CARNAVAL, CARNAVAL

Probablemente, ahí esté, en esta cadena genética heredada de mi familia paterna, el eslabón que me une a la música, esa que desde niño ha estado presente en mi vida. Es curioso, podemos decir que esto de la transmisión de genes es una cuestión que también pertenece al azar y tan solo yo, de entre mis hermanos, me traje al presente el don maravilloso de la música que mi padre llevaba consigo, pero que tenía ya olvidado.

Ni tan siquiera mi madre es capaz de entonar una nota. Nunca he visto en mi casa esa imagen tan recurrente y entrañable, tan de postal de la familia media española, de la madre que canturrea mientras hace las tareas de la casa o, en el caso de mi familia, mientras enhebraba agujas y acompasaba su trabajo con el pedal de la máquina de coser. Como se dice popularmente en mi tierra, mi madre tiene un oído enfrente del otro. Sin embargo, es una mujer de extraordinario sentido común, de sensibilidad exquisita y sabe distinguir lo que está bien de lo que no. Ella no sabe cantar, pero sus consejos son sabios para mí. No paso sin sus críticas, siempre me dice la verdad, y siempre con el cariño único que sabe dar una madre.

Nadie, pues, mis hermanos tampoco, se destacaba por saber cantar, y sin embargo, a mi familia le volvía loca una tradición popular que tiene mucho que ver con el folclore y la música en general: los carnavales, que en toda Andalucía se viven con pasión. Quizá sean más populares los que se celebran en Cádiz y Canarias, porque son extraordinarios, pero los de Almería también merecen mucho la pena y nosotros los vivíamos con pasión y muchísimo sentido del humor.

Mi abuelo paterno, al que no llegué a conocer, fue el primer gran carnavalero de nuestra familia —cantaba incluso cuando el carnaval era una fiesta prohibida y estaba censurado— y el que le inculcó la afición a toda la casa, que siempre ha participado de la fiesta como miembros de una murga, la agrupación con la que hemos competido y que tantos buenos ratos y tantas satisfacciones nos ha dado a los Bisbal. Mi tío Juan y mi tío Dionisio eran los que más arte y empeño le ponían al asunto. Les encantaba disfrazarse y participar en los concursos del teatro Cervantes, donde se llevaron muchos premios.

A mí lo que más me gustaba del carnaval no era el concurso en sí, sino cómo se vivía en la calle, la atmósfera de júbilo y desbordante alegría que se respiraba en esos días. El Paseo de Almería se convertía en un precioso y colorista desfile de agrupaciones, que iban parándose delante de los comercios para cantar a la gente. Desde muy niño, recuerdo a mis tíos, como si tuvieran el don del flautista de Hamelín, recorriendo el centro de la ciudad seguidos por cientos de personas que les jaleaban y aplaudían con entusiasmo. Eran unos fenómenos y sabían transmitir el verdadero espíritu del carnaval a la ciudad.

Sería por esa fascinación que me provocaba verles, y el entusiasmo con que les animaban los transeúntes, las muestras de cariño que recibían de sus paisanos, que yo traté de imitar-

les en el colegio. Mi tía Loli, la mujer de mi tío Juan, me propuso mil veces formar parte de su murga, pero a mí, como era un niño muy vergonzoso, ni se me pasaba por la cabeza. En el colegio era diferente, me sentía arropado entre los compañeros y no tenía que enfrentarme a las multitudes que llenaban las calles en esos días de carnaval en mi ciudad.

Aquella impaciencia con la que esperábamos a que llegaran esas fechas es uno de los recuerdos más bonitos, más vivos y dulces de mi infancia. Escribíamos nuestras propias letras sobre las melodías de las canciones que estaban de moda en la radio. Nos ayudaban a hacerlas los mismos profesores, y en ellas contábamos las cosas que sucedían en el colegio. Entre los seis y los diez años, me convertí en un gran letrista, desde semanas antes me enfrascaba en la composición de las canciones con la ilusión infantil de quien tiene la certeza de estar llevando a cabo una importantísima misión. Hice muchas, era divertidísimo.

Además, tenía la suerte de que mi madre, como cosía tan bien y tenía tanto arte, siempre trataba de confeccionarme el mejor disfraz, y casi siempre lo conseguía. Yo cantaba y tocaba el tambor, me gustaba la percusión, llevar el ritmo y ser, por decirlo de algún modo, el gran animador de la fiesta.

En quinto de E. G. B. mi clase ganó el concurso de murgas del colegio. Todavía conservo esas fotografías, yo en primera fila, con mi pelo rubio y mi tambor, el más bajito de entre los compañeros, el más infantil... Tardaría mucho aún en despuntar, tanto en estatura como en mi vocación por la música. La gran sorpresa fue que, tras el premio, nos eligieron a varios, supongo que a los que mejor entonábamos, para grabar nuestras canciones. Fue la primera vez que entré en un estudio de grabación y quién me iba a decir que años después lo iba hacer tantas veces como solista.